

Precio 15 céntimos



ARTISTA DE ÓPERA



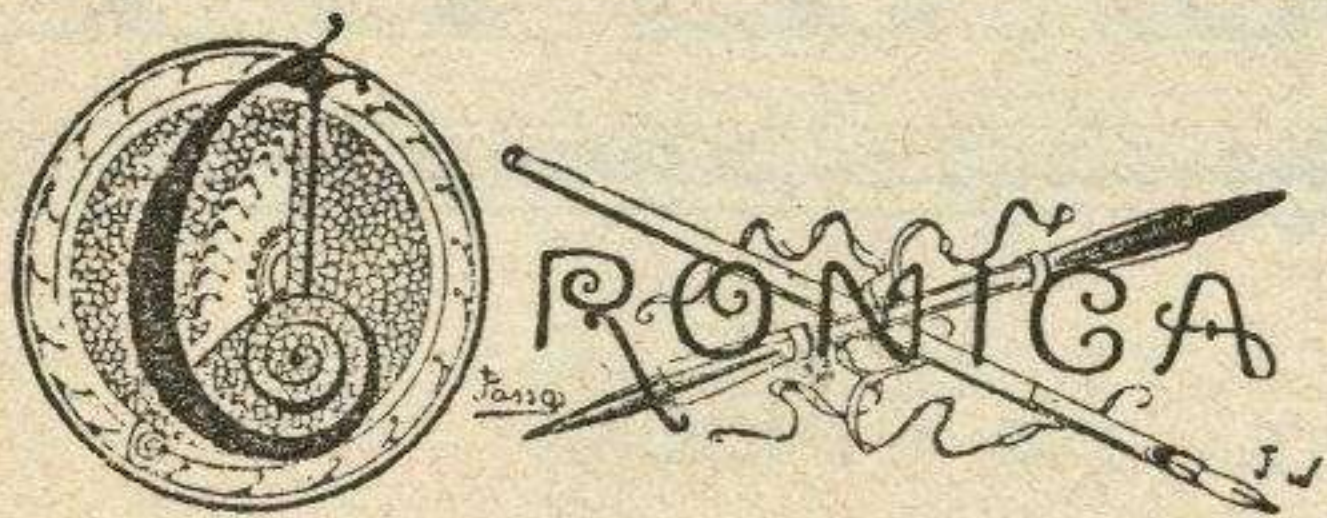
SIGRID ARMOLDSON.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



Soy entusiasta de Clarín, pero á veces veo en él debilidades que más tarde concluyen por salirle á la cara.

Hace un año ó dos vi los elogios que hacía de un escritor de Ultramar que se firma Fray Candil, y, con franqueza, me quedé frío.

Es este Fray Candil ó Zas Candil, un escritor vacío de mollera, muy planchadito de estilo, y con unas pretensiones de trascendental que hacen reír.

Los elogios que de él hizo Clarín no estaban en su lugar.

Posteriormente, ó sea que Clarín haya visto claro, ó por otra causa, ha sacudido al Fray una de esas caricias que levantan roncha, y el Fray ó el Zas se descuelga en el *Madrid Cómico* diciendo: «¡Alto ahí, señor Clarín! Si ahora le parezco á V. mal escritor, en otra ocasión le parecía á V. excelente.»

Y en efecto. Copia los elogios que de él hizo el eminente crítico.

Fray Candil tomará desde ahora en esa falange de escritores guachinanguitos (Bonafoux, Corton, de Diego, etc., etc.) que no han traído otra misión desde Cubita que agarrarse á los zancajos del catedrático de Oviedo y ladrarle, para que éste les haga caso, se vuelva, y llame la atención sobre ellos.

Otra debilidad de Clarín: haber contestado á los Bonafoux, los Corton y los Arpes. ¡Qué más quieren ellos! ¡Con decir que el pobre Bonafoux se creció tanto al castigo que hasta llegó á escribir un folleto titulado: *Yo y el plagiarío Clarín!*

!!!E!!!

Tenemos, pues, al mordaz, sabio é inteligentísimo crítico con un adversario más que sumar á la lista de sus enemigos.

¡Pero qué enemigos!

Ferrari, Luis Alfonso, Grilo, Bonafoux, Corton, Velarde, el P. Musñoi, Bremon, Fray Candil, etc., etcétera. Todos capitaneados por la insigne Pardo Bazan.

En cambio no estiman y celebran á Clarín más que estos pordioserillos de la literatura: Perez Galdos, Pereda, Echegaray, Menendez Pelayo, Cavia, Taboada, Sinesio Delgado, Matoses, Aza, Palacio (Eduardo), Ixart, Munilla, Valdés y cien y cien otros que no cito por no hacer la lista interminable.

Solo no están en su debido puesto Balart y Manuel del Palacio, que son adversarios de Clarín por causas de todos conocidas.

Y volviendo al principio. Lo que le ha sucedido á Leopoldo Alas con Fray Candil le puede servir de lección. No elogie á nadie, por muy amigo que sea, que no esté en condiciones de merecerlo.

Si tiene algún amigo que escriba mal —que si los tendrá— cumple con él y con el público no citándole para nada.

En Jerez hemos tenido un poquito de liquidación social.

Seiscientos compañeros empujados por el hambre y la desesperación, han entrado en la ciudad andaluza y han degollado á pacíficos transeuntes.

No creíamos nosotros que los desatinos soltados en reuniones y periódicos anarquistas tuviesen un desenlace tan trágico.

Cuando el compañero Malicotón ó el compañero Eldifonso piden cabezas de burgués parece que las piden de verás, y no de guasa como nos habíamos figurado.

Lo que quiere decir, apreciables compañeros, que eso no vale.

Eso de transformar el sainete en drama no gusta á los espectadores; porque si todos los que están desesperados de la sociedad, hicieren lo mismo aviado estaba el género humano.

Una cosa son las doctrinas y otra la maldad. Y maldad es que no tiene disculpa, el degollar á seres inocentes como lo habeis hecho en Jerez.

¿Qué simpatías puede despertar en los hombres justicieros una causa que comienza por cegarse lavándose las manos en la sangre del primero con quien tropieza?

Eso no es anarquismo; eso es brutalidad y locura.

Pasó la época de cortar cabezas; hoy estamos en la de dar razones.

Por eso el jaleito de Jerez ha enagenado muchas simpatías á los caballeros del anarquismo.

Pasemos á cosas más alegres.

La señora duquesa de la Torre, ex-suegra de Mercedes Martínez Campos, la esposa actual de Mr. de Melviaque, ha dado una cena en París que ha llamado la atención por lo espléndida.

No nos hubiéramos entretenido en esta menudencia si los periódicos no nos hubieren dicho que las paredes de la duquesa, mejor dicho, del palacio de la duquesa estaban decoradas con lilas.

¡Ah lilas!

Ya nos estamos figurando ver el palacio de la de la Torre con las paredes llenas de Rataflutis y demás congéneres de París.

¿Cuántos sietemesinos habrá necesitado la duquesa para adornar sus habitaciones? Lo menos siete gomosos por metro cuadrado.

¿Y les habrán clavado á las paredes, ó sencillamente los habrán colgado por el cuellecito?

Solo las matronas romanas del tiempo del Imperio se podían permitir estos lujos.

¡Feliz duquesa!

Un periódico de Londres ha tenido la ocurrencia de abrir un concurso de *toilettes* femeninas.

Muchas fueron las *Mises* que concurrieron, y por fin se llevó el premio Lady Victoria Blanclwood, que consistió en un ejemplar del proyectado premio.

Si á los periódicos les da por abrir todo género de concursos, desde ahora debemos ponernos á pensar

cuál puede ser el de LA SAETA.

Fluctuamos entre abrir un concurso de las narices más largas ó del cutis más duro.

Pero desechamos lo de las narices porque se llevaría el premio el Sr. Nasvidal.

Nos atenemos al del cutis.

Queda desde ahora abierto el concurso. Pero al mismo tiempo debemos declarar fuera de él á los señores Romero Robledo, Planas y Casals y á los niños zangolotinos de *La Dinastia*.

Los demás pueden concurrir.

El premio consistirá en un diploma expedido por Pepe el Huevero y los hermanos Cívicos, y en seis hojas de papel de lija para frotarse la cara.

¡A ello, aficionados!

* * *

Hay en Barcelona un individuo, con el cual no ha podido dar todavía la policía, que ha declarado la guerra á los fetos.

Ve una señora en estado interesante y ¡zá! la sacude un puñetazo en medio del vientre.

Este bárbaro ya ha repetido tres ó cuatro veces semejante gracia, y como la noticia ha cundido, las señoras que se hallan en cinta no se atreven á salir á la calle.

—¿Vamos á dar una vuelta, monina?—le dice un marido á su mujer.

—¿Yo salir á la calle? ¡Nunca!

—¿Y porqué?

—Porque estoy en ese estado y puedo encontrarme al de los puñetazos.

Las señoras hidrópicas, por miedo á lamentables equivocaciones, también están escamadas.

En otro país ya hubieran cazado á ese hotentote.

Se hubiera disfrazado, después de afeitarse, uno de policía, de señora, se hubiera puesto dos almohadas en el vientre, y se hubiera dedicado á pasear la Rambla.

El aficionado, al ver aquel bulto, se dejaría tentar por su manía, y acercándose bonitamente, descargaría el consabido puñetazo.

Entonces, el guardia le echaba mano..... y á la carcel con él.

Pero aquí la policía no tiene inventiva.

¡Si fuese Mr. Goron!.....

ELIDAN.

¿QUE CÓMO ME GUSTAN?

Pues os lo voy á decir,
tomándome esa licencia;
yo no puedo consentir
que os devore la impaciencia.

En mis años juveniles
me entusiasmó una chiquilla
de catorce ó quince abriles,
traviesa como un ardilla
y pequeña y delgada
y casquivana y resuelta,
como pocas bien plantada
y como pocas esbelta.

Hablarme entonces á mí
de buenas mozas, sería
faltarme, porque ¡eso sí!
con el alma la quería
y no encontraba belleza
fuera de aquella estatura,
ni gracia ni gentileza
con más de un metro de altura.

Tronamos, ¡nunca es eterno

amor de la juventud!
y pasé todo un invierno
llorando su ingratitud,
pero olvidé poco á poco
y allá por la primavera
me enamoré como un loco
de una linda costurera,
tan alta, que parecía
á su lado un dominguillo
y para hablarla tenía
que subirme en un banquillo.

Cuantas veces complaciente
la acompañé por ahí,
formaba grupos la gente
para mofarse de mí;
y avergonzado y corrido
huí de mi compañera
¡cuando acaso hubiera sido
feliz con la costurera!

La angustia devoradora
tuí pasando con Juanita,
(que la mancha de la mora
con otra verde se quita.)
Y era una morena Juana
con más sal y más *aquel*
que la mejor sevillana
y que la flor del Perchel.

A mí me daba sonrojos
al contarme su pasión
echándome aquellos ojos
tan negros como el carbón.

Y entonces llegué á creer,
que una morena juncal
es todo lo que hay que ser
cuando tiene *aquel* y sal.

Si alguno me dice:—¡Mira
qué rubia tan deliciosa!—
le digo al punto:—¡Mentira!—
y le rompo cualquier cosa.

Pues bien ¡á pesar de todo
reñí por mi desventura,
y aquello acabó de un modo
que no tuvo compostura!

Luego me prendé de Rosa
á quién hallé en el Liceo;
aunque era rubia, y muy sosa
y con el talle muy feo;

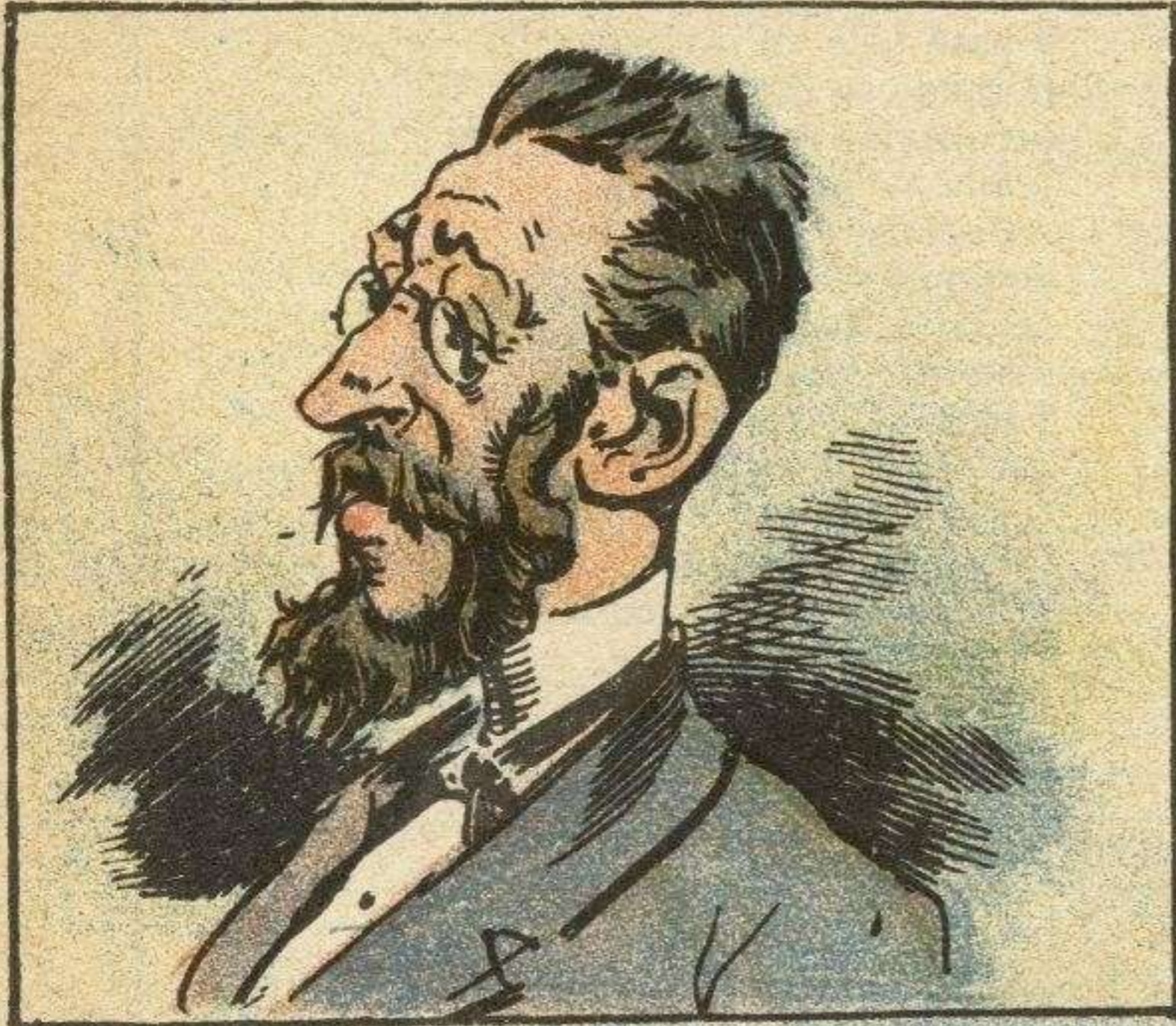
Y tanto me enamoré,
la quise tan de verdad
que ¡vamos! no me casé
por una casualidad.

Y no encontraba consuelo
en mujer que no tuviera
los ojos de azul de cielo
y rubia la cabellera.

Pues no paró aquí la cosa:
¡soy tan enamorado
que el pesar que me dió Rosa
vino Andrea y lo deshizo!

Tenía Andrea una facha
que al recordarla, me explico;
¡la que tiene una muchacha
de nueve arrobas y pico!
Cómo ella tendió las redes
y yo me dejé cazar
ni lo entenderán ustedes
ni yo lo puedo explicar;
pero aunque el caso es extraño,
es la verdad elocuente
que la amé cerca de un año
con una pasión ardiente,
y sólo curó el amor

DECIDME CÓMO OS PEINAIS Y OS DIRÉ LO QUE SOIS



Escéptico.



Bobo.



Violinista.



Flamenco.



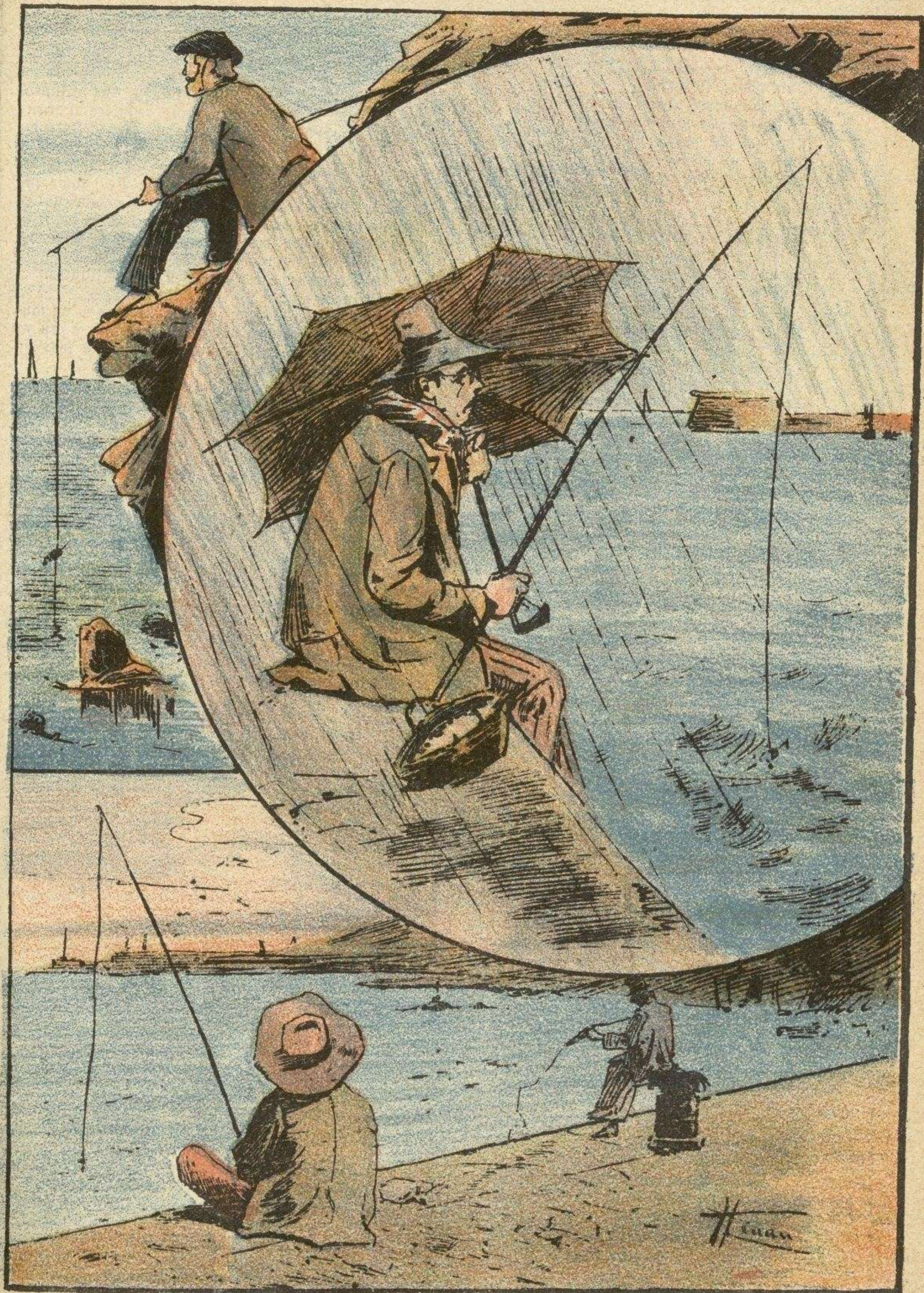
Hombre de poco pelo.



Escritor naturalista y sucio por naturaleza.

LA SAETA

LOS QUE PESCAN



Tres maneras de pescar
que se vé en muelles y playas:
Uno pesca agua, otro sol,
y el otro no pesca nada.

que yo profesaba á Andrea,
un modelo de candor
delgado como una oblea.

Esta es la niña que adoro
en la fecha que esto escribo
y con sus desdenes lloro
y por sus caricias vivo.

Tal es la lista completa
de todas mis relaciones.
¿Habr  quien se comprometa
  explicar mis aficiones?

Ya ningún tipo me falta,
no s  cuál es mi ideal;
negra   rubia, baja   alta,
flaca   gorda... me es igual.

El compromiso es muy grave
vista la cuestión así
puesto que, cualquiera sabe
cómo me gustan   mi!

Creo lo más racional
que me enamore y me muera
por *todas en general*,
(como dice la habanera).

SINESIO DELGADO.

CROQUIS MADRILEÑOS (1)

El día de difuntos

La humanidad se dispone   entretenerse como todos los años. La conmemoración de los fieles difuntos trae   la memoria de los vivos el recuerdo de la muerte.

Unos más, otros menos, todos fijan sus ojos en el pasado para enaltecer las virtudes de los s eres que fueron. El amigo superviviente llora al amigo que falleció á consecuencia de un francachela que *corrieron* juntos; el esposo derrama lágrimas de ternura recordando los encantos de la esposa; hasta el yerno eleva la mirada al infinito y piensa en su suegra.

—¡Pobre señora!—dice con acento conmovido:—
¡Era una santa! No tenía más que aquel genio...
Ahora hace dos años, me tir  un bocado en este
hombro, que á poco más me lo desmorona.

Las familias se reunen para gemir y la mayor parte de las veces concluyen por darse un atracón de buñuelos,   de castañas,   de pasteles.

—¡Ay!—exclama la viuda—¡Cómo le gustaban estas cosas   mi Genaro! El último año que pasamos juntos, se comió él solo dos docenas de *combros*! Era loco por las bu oleras.

—Y por las bu oleras—añade un primo de la víctima, que mira   la viuda con buenos ojos.

Reina el silencio durante algunos minutos, que invierte la viuda en hacer telégrafos con el primo.

—No comas los buñuelos sin beber aguardiente encima—dice una tía   su sobrino.—De eso se murió mi difunto tal día como hoy, que nos habíamos reunido   llorar todos los de la familia. Después, para distraernos tuvimos un poquito de baile, y él, que era el mismo demonio, estuvo bailando con los buñuelos dentro. A las dos horas, era ya cadaver.

—¿No los había podido digerir?

—El médico dijo que se le habían quedado de pi  en el estómago. ¡Claro! Como él no quiso sentarse en toda la noche, los buñuelos se pusieron de punta

(1) Por descuido no se publicó este artículo   su debido tiempo.

unos encima de otros, hasta ahogarle.

Los que se dedican   expresar públicamente los sentimientos del alma, obsequian   sus difuntos propios con todo el aparato que requiere el argumento. A este fin, acuden al campo-santo vestidos de negro con los ojos escaldados por las lágrimas, y el rostro pálido, y all , de pi  ante la tumba de los s eres queridos, expresan con sollozos el dolor que produce su indefinida ausencia, despues cada cual se va á su casa, pensando en la proximidad de los fríos y en que tiene que mandar hacerse ropa de invierno.

—¿De dónde viene usted doña Salustiana?

—Del cementerio. He ido á ver á mis difuntos.

—¿Cuántos son?

—Diez y ocho, porque cuento tambien   un m sico mayor, que estuvo de huesped en casa, y era ya como de la familia. Ya sabe usted que yo les cojo mucho cariño   los huéspedes

La gente de bronce, como llamamos aquí   los aficionados   becerro vivo, llora   los difuntos en la taberna   va á las bu oleras   invocar la memoria de los que fueron. Las mesas se llenan de comestibles y el vino se vierte en abundancia dentro de aquellos estómagos de hierro colado.

—*Mi , t *—dice un chulo viejo;—yo   la *Bastiana* le tenía *voluntaz* mayormente; lo cual que, tan y mientras que se port  bien conmigo, ni tan siquiera le pegué una mala *bofet *; pero *eya* era una ambiciosa, que todo lo que ganaba en la fábrica de tabacos se lo quería guardar para su familia, y entonces yo, herido en el amor propio de las personas le atic  dos palos.

—Como guapa, lo era.

—S , pero muy *abandon * y muy *m ndiga*. Para conseguir que me comprara un sombrero,   media docena de camisas, tenía siempre que santiguarle la cara con estos cinco *deos*; y de tanto pegarle, ¡claro! se me murió... ¡Dios la *haiga perdonao*! Y no creas, la he *sentio* bastante.

Una señora de rostro anciano, se acerca al mostrador de la bu olera y pide una docena de buñuelos.

—¿Est n acabados de hacer?

—S , señora.

—Es que si no son tiernos, no los llevo.

—¿Son para algún canario que no tenga dientes?

—Son para conmemorar   mi difunto, que en gloria est . Si no comiera buñuelos me parecería que no le lloraba bastante.

En las casas de lujo, los criados son quienes disponen las cosas de manera que no falte nada   los muertos.

—¡Juan!

—¡Señora!

—¿Le ha puesto usted los blandones   la mamá del señorito?

—S , señora.

—¿Y la corona de mi cuñado?

—También está colocada. He dejado all  al lacayo para que no se la lleven. Van muchísimos tomadores al cementerio. A la señorita del cuarto segundo, que falleció hace dos años, le robaron esta mañana el ramo de azahar.

—¡Pobrecita!

—¡Si viera us a cómo se puso el novio cuando lo supo!...

Las ventas y merenderos inmediatos   la mansión de la muerte, se ven llenos de personas sensibles, que van á visitar   los difuntos, y de paso beben unas copas   despachan unas chuletas. Los que no quieren dar ganancia   los venteros, guisan en el domicilio los manjares y los llevan envueltos en una servilleta para devorarlos con la mayor amargura  

las puertas del cementerio. Muchos hasta se emborachan, sin duda para olvidar los pesares y para enterarse al propio tiempo de la calidad del vino.

Suele haber una que otra puñalada, fruto de las discusiones de ultra-tumba, y tal cual cachete con que obsequia un marido iracundo á la compañera de su vida.

—Cada vez que vengo al cementerio se me parte el corazón,—dice la esposa.—¡Ay, mi madre de mi alma!

—Déjala, que está bien donde está.

—¡Claro! Tú hablas así porque nunca la has podido ver.

—Porque era un toro de Miura.

—¡Mira, Rogelio, no la insultes!

—¡Si me acuerdo de cuando se ponía á morder por la cosa más insignificante!...

—¡Tengamos la *fiesta* en paz!

—Era un demonio.

—¡Rogelio!

—Anda, saca la tortilla, y no me rompas la cabeza.

—Es que no quiero que insultes á mi madre.

—¡Ea, á callar!

—No me da la gana.

—¿No? pues toma.

—¡Ay! ¡Mal hombre! ¡Sin vergüenza!

—¡Toma, Toma!

—¡Guardias! ¡Que me mata mi marido!

Y las honras fúnebres se truecan en mojicones, la tortilla rueda por el suelo y acuden los del orden público, que se apoderan del esposo y lo conducen á la prevención.

En un grupo formado por varios taurófilos, que beben en un merendero, surge la importante cuestión de los volapiés en las tablas, después de haber visitado las tumbas de los toreros célebres.

—Para volapiés los del Tato.

—Para volapiés los del Sordo.

—Para volapiés los del Chiclanero.

—El Chiclanero, que en la gloria esté, era un *maleta*.

—Y usted es un tío sin educación, porque falta usted á los difuntos y á todo el mundo.

—¿Yo?

—Usted.

—Ahora lo veremos.

Y salen á luz las navajas y uno de los combatientes ingresa en la casa de socorro, con las tripas hechas gigote.

Mientras esto ocurre á pocos pasos del cementerio, por la ancha vía circulan los carruajes conduciendo elegantes damas, en cuyos regazos dormitan perriños más ó menos hermosos.

Las damas no suelen echar pié á tierra para visitar á sus difuntos. Se limitan á permanecer breves instantes frente á las tapias del campo-santo, mientras el lacayo baja á enterarse de si están bien colocadas las coronas ó si se corre con el aire la cera de los blandones.

—Diga usted al criado, que si llueve recoja las flores para que no se estropeen ¡Ah! y que se cuide de que no se manche de cera el paño del dosel.

Casi todos los años hay algún difunto que recibe obsequios por equivocación.

—Tome usted, Vicenta. Vaya usted al cementerio de la Patriarcal y póngale estas velas á mi tío.

La criada llega con los candeleros y pregunta al primero que encuentra:

—¿Sabe usted donde está el primo de mi amo?

—¿El tío? ¿Cómo se llama?

—No sé decir á usted; mi amo se llama don Ani-

ceto y la señora doña Sira.

—¡Vaya usted á saber ahora donde parará ese tío!

—Él era de tropa, según he oido decir.

—Póngale usted las velas á aquél de la esquina, que no tiene ninguna.

Y la criada se las pone, aunque resulte que el muerto no es tío de nadie.

LUIS TABOADA.

CHULAPERÍAS

Entre criadas madrileñas

—Buenos días, Telesfora

—Muy buenos los tengas, Juana.

—¿De dónde tan tempranito?

—Pues ya ves tú, de la Plasa del Carmen de hacer la compra.

—¡Ah! ¿conque estás colocada?

—Sí, chica, me coloqué haré unas cuatro semanas en la calle de Hortalesa con un señor solo.

—¡Vaya, qué suerte que tienes, chica!

—¿Que tengo suerte? ¡caramba! pues no creo que lo sea el servirle á un tío camama que me dá sesenta reales pa la compra, y que se pasa la mayor parte del día haciéndome cosas, y hasta propasándose.

—Demonio, ¿y eso te apura?

—¡Qué gracia!

¡Qué he de apurarme por eso, si hasta llego á hacerle cara si se tercia! Lo que á mí me tié con cuidao es la plasa, ó mejor dicho, la sisa porque, chica, no se saca con el dinero que dan pa la compra ni pa agua; ya ves tú, sesenta reales me da mi señor, pues anda y dime qué se pué hacer con ese dinero ¡Nada!

Porque si es que quiés pagar á todos como Dios manda, te ocurre siempre que en menos que te presinas, te marchas del mercao con los bolsillos llenos de aire ó de esperanzas.

—Tiés razón.

—¡Que si la tengo!

Y eso que si he de ser franca á mí no me va muy mal con mi viejo, pues me basta decirle dos cosas dulces ó hacerle cuatro monadas para ponerle más blando que una breva...

—¡Qué tunanta!

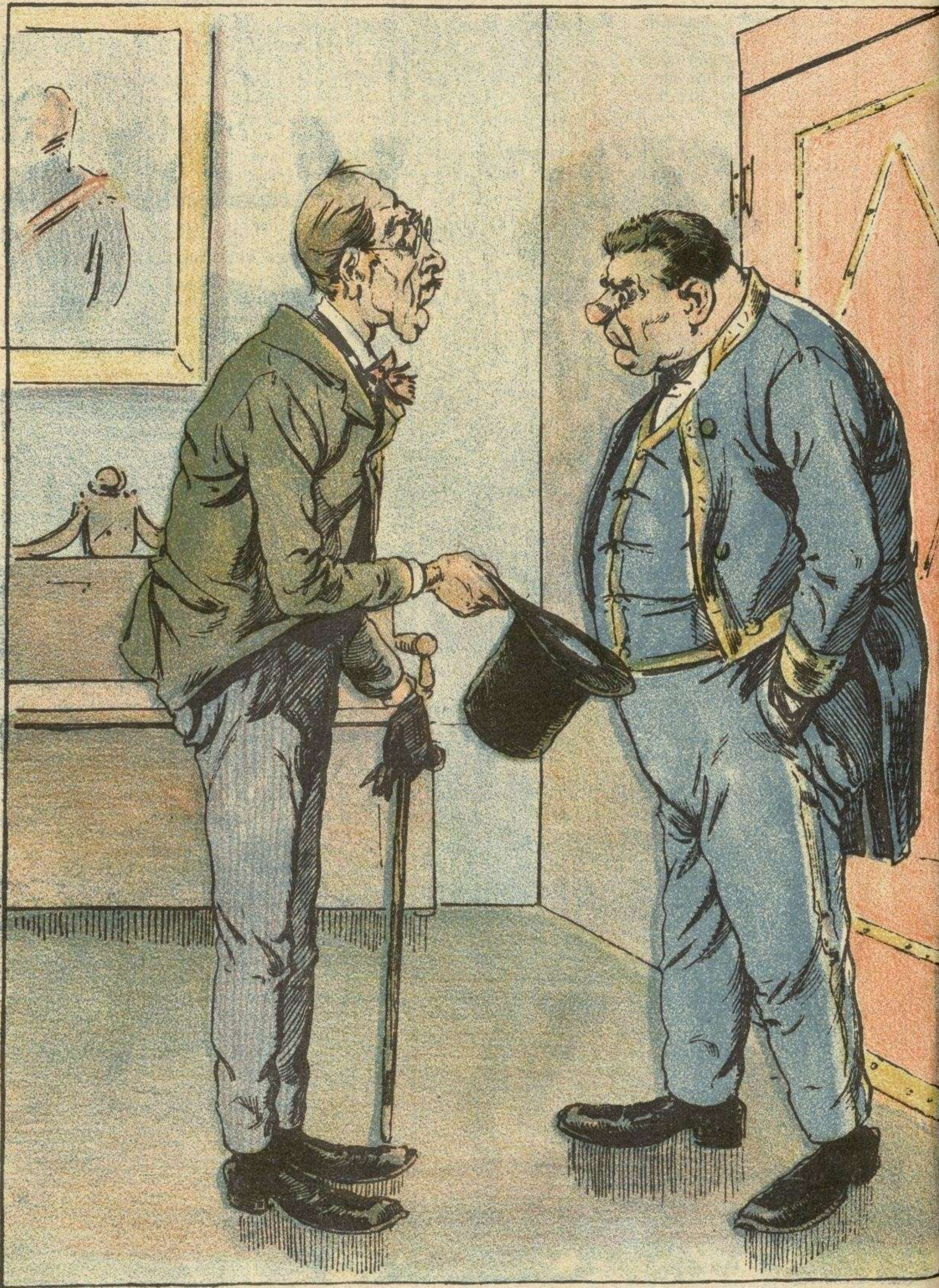
—Y sacarle lo que quiero.

—Pues es tu viejo una ganga

—¡Y bien que sí! Pues no sabes lo mejor: la otra mañana se entusiasmó de tal modo que hasta me habló de casaca; yo no sabía qué hacer;

LOS ETERNOS PRETENDIENTES

LO QUE SE DICE Y LO QUE SE CALLA



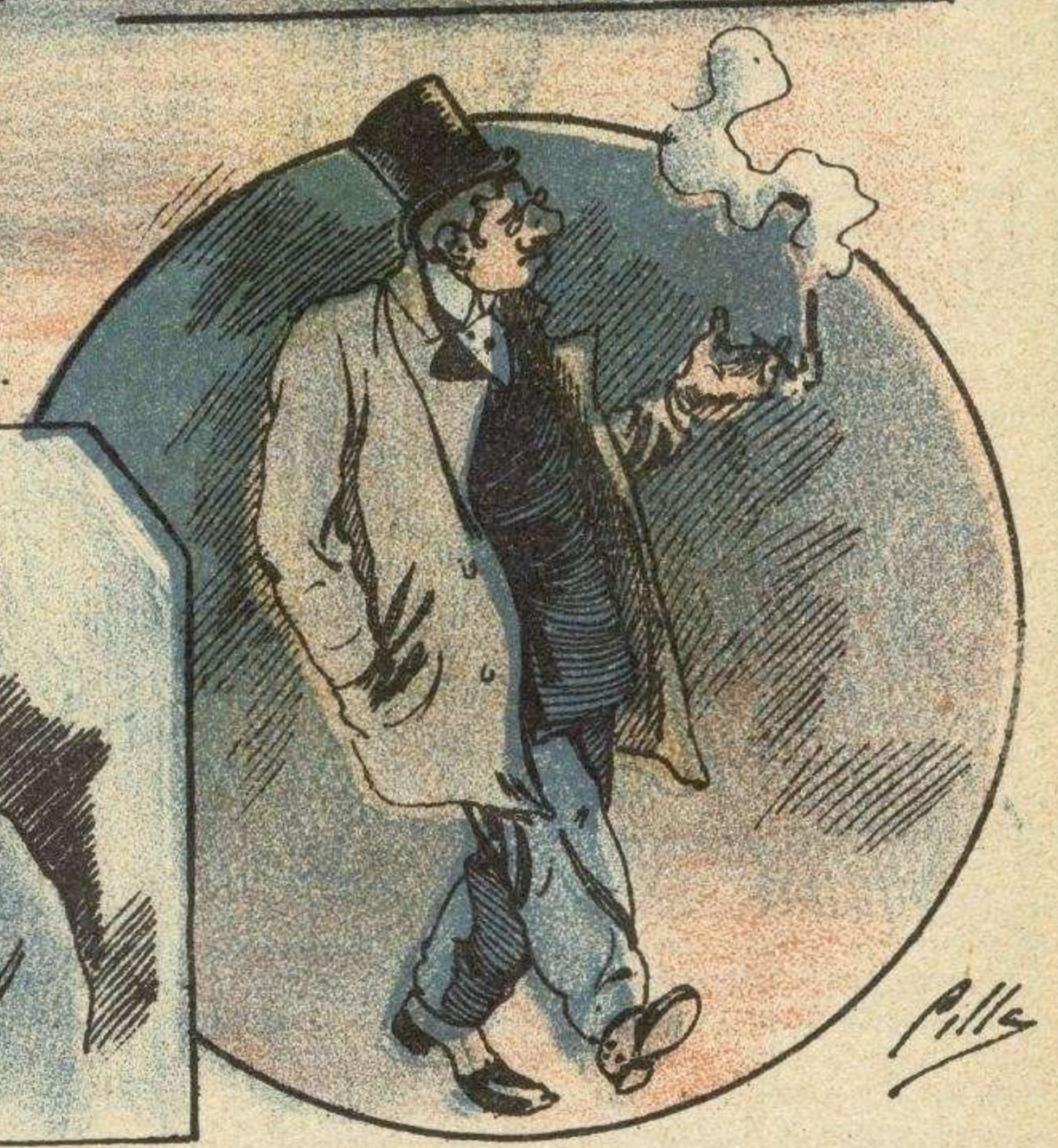
—Dígame V. al Sr. Ministro que tenga la bondad de colocarme, y así verá el país que trae ideas completamente contrarias á las de su antecesor.



—¡Por allí viene esa tía botijol! ¡A los piés de usted, señora de Lechoncillo!
—Páselo V. bien, amigo Gimenez. ¡Qué facha de asesino!



—Mira, entre amigos, no quiero que visites más á mi mujer, porque me escamo.
—Pierde cuidado. Desde mañana me visitará ella á mi.



—¡Ahora sí que estoy bien para tratar de los asuntos de la Sublime Puerta!

pero luego le ví al Raspa
y se lo dije y me dijo
que le diese la castaña
y me casase con él.

—¿Eso te dijo?

—¡Palabra!

Y tié razón, porque el viejo
abillela mucha plata
y no es cosa de perderla
sin más ni más.

—¿Pero el Raspa
se queda conforme con...?

—Pues no ha de que darse ¡vaya!
como que él será pa mí
lo mismo que siempre

—¡Anda!

pues no entiendo, Telesfora,
porque lo que es si te casas,
no sé cómo...

—Si me caso
queda la cosa arreglada
poniéndole al viejo los...
las peras á cuarto ¿chanas?

VALENTÍN MOURO.

LA CARTA DE URIAS

Allí se estaban los dos íntimos amigos, Manfredo y Lucas, saboreando dos riquísimos habanos, en su Círculo, sentados delante de dos tazas de succulento café.

Manfredo estaba pensativo y Lucas con ganas de hablar. Después de un rato de silencio, éste provocó la conversación en los siguientes términos:

—¿No sabes, amigo Manfredo, lo que me pasa?

—Algo difícilillo veo de adivinarlo si tú no me lo dices.

—Que soy un hombre de una fortuna inesperada; que voy á poner tienda.

—¿Cómo?— dice sobresaltado Manfredo.

—Verás... Vamos, que lo que á mi me pasa no le pasa á nadie... Figúrate que hace días vino un mozo con un sombrero y me dijo que era para Luisa, mi señora.

—No veo nada de particular...

—Es que cuando le quise pagar me dijo:

—«Ya está pagado.»— Supuse, como es natural que mi esposa lo había comprado. Dos días después veo que me traen un bonito *matiné* de seda cruda, adornado con encajes.»

¿Cuánto es?— pregunté. —Nada— me contestan.

Al día siguiente, un saquito de granadina negra, con viso de seda, ceñido por detrás y flojo por delante... y me pasa lo mismo en cuanto al pago.

—Pero tu señora.....

—Mi señora hace quince días que está en mi finca de Sarriá... Así es que no sé lo que pensar. Ayer me fui allá, la pregunté sobre el particular y me dijo que no sabía una palabra.

—¡Ah!

Después siguieron nuestros dos caballeros hablando de otras cosas. Se engolfaron en la política, en las artes, en la industria, etc., etc.

A las seis de la tarde salía Manfredo solo del Círculo, después de haber dejado en él á su amigo Lucas.

—¡Cómo!— se decía.— ¿He sido tan arrimado á la cola que no sabía que ella estuviera en Sarriá?..... Francamente, merezco tirar de un tranvía..... Es verdad que en vista de su buen humor y de lo que

me dijo, que no podía vestirse á medida de su deseo, me he atrevido á enviarle esos ligeros presentes. ¿Pero quien se había de figurar que los había de recibir ese imbécil de Lucas?... ¡Buena cara debo de haber puesto delante de él!... Gracias á que no sospecha de mis intenciones, que si no... Esa mujer me trae trastornado el juicio... Todavía no he llegado á comprenderla. No sé si quiere á su marido ó le detesta... ¡Pobre Lucas! ¡Y pensar que yo soy su mejor amigo!... En fin, ahora ya sé que está en Sarriá, que él se ocupa en jugadas de Bolsa y apenas asoma por su quinta de recreo... Será cuestión de dejarse ver mañana por allí.

Manfredo se fué á acostar preocupado. Luisa le traía á mal traer. Lucas era un infeliz y él era su amigo... Algo que tendía á faltar á una amistad que databa de antiguo le impelía. Se acostó y después de muchas vueltas dadas en la cama, logró conciliar el sueño.

Al día siguiente se levantó y se fué á la Bolsa. Allí estaba su amigo Lucas.

—¿Piensas ir á ver á tu señora? le dijo con la peor intención del mundo.

—No, me quedaré aquí esta noche y mañana.

No necesitó saber más Manfredo.

A las tres de la tarde tomó el tren de Sarriá y llegó á la quinta de su amigo. Luisa salió á recibirle y le hizo pasar al salón. Cada uno de ellos se sentó en su mecedora. El calor era insostenible.

—Vengo de parte de Lucas —dijo él— y me ha dicho que hasta la noche no podrá verla á usted.

—¡Cuánto lo siento!

—¡Y pensar que ese hombre es dueño de una mujer tan hermosa!

—¿Vuelve usted á empezar?

—Sí, créame usted, Luisa; lo que hago es infame —decía el muy tunante;— Lucas es mi amigo, usted es una señora digna de veneración, pero este amor...

—¡Ja, ja, ja!

—Búrlese usted cuanto quiera, pisotee usted mi corazón...

—¡Cuánta sensibilidad!

—Diga usted lo que quiera, pero la pasión no reflexiona. ¡Yo la amo á usted, Luisa, yo la amo á usted!

—Señor Manfredo, hora es ya de que ponga coto á sus impertinencias. He sabido por la doncella que se ha quedado en Barcelona que usted se ha atrevido á enviarme sombreros y trajes.... Si mi buen humor y las ganas de no causar un disgusto á mi esposo, han sido causa de tomarse usted esas libertades, desde luego debo decirle que puede tomar la puerta.

—¡Ah, señora! soy el sér más desgraciado de la creación... ¡Yo la amo á usted!

—¡Dale bola!

—Es que aunque usted me rechace, nadie me puede prohibir el manifestar mi sentimiento... Yo haría por usted cualquier sacrificio.

—¿Sí?

—Palabra de honor y á fuer de caballero.

—Pues bien, hoy necesito estar sola.

—Me iré.

—Pero al mismo tiempo desearía de usted un pequeño favor.

—La vida que usted me pida, Luisa.

—He de escribir á mi esposo...

—¿Para que no venga mañana?

—Justamente. Y usted va á encargarse de llevarle la carta.

—De mil amores.

Luisa se puso á escribir y metió la carta en un sobre.

—¿Quiere usted llevarla abierta?

—De ninguna manera, replicó Manfredo.
Y loco de contento partió de Sarriá.

Al día siguiente á las dos de la tarde estaba enfrente de su amigo Lucas, fumando un habano y tomando su café.

—A propósito, —dijo;— ayer fui á visitar á tu señora y me ha dado una carta para ti. No te la entregué anoche porque no te he visto.

—Venga, dijo el inocente Lucas.

—Toma.

—Lucas cogió la carta y la leyó. Una nube pasó por sus ojos; miró luego fijamente á su amigo Manfredo, y después de vacilar un rato, soltó la carcajada.

—¿Qué es ello?— preguntó el amigo.

—Lee— le dijo Lucas presentándole la carta.

Esta estaba concebida en los siguientes términos:
«Querido Lucas, pichonín de mi alma. Tu amigo Manfredo es un tunante. Me ha enviado hasta regalos á casa y me hace el amor. Ayer por poco se propasa. Reviéntalo.

«Tu mujercita que te quiere, LUISA»

Nuestros lectores se podrán figurar la cara que pondría el tenorio Manfredo.

Tomó el sombrero y se marchó desesperado, mientras el marido sufría un síncope á fuerza de reirse.

Desde entónces no se han vuelto á hablar, y Luisa está cada vez más prendada de su Lucas.

DANIEL ORTIZ.

¡¡Que lástima!!

Una oscura noche
del mes de Febrero,
por una calleja
de barroso suelo,
pasaba embozado
con paso ligero.

La calle alumbraba
farol macilento,
que resplandecía
con fulgor incierto,
que casi apagaban
las rachas del viento.

A sus mortecinos
y ténues reflejos
vi que algo brillaba
sobre el pavimento.

En el mismo sitio
que estaba el objeto,
detuve mis pasos
tan solo un momento
para examinarlo,
para recogerlo;
y el cuerpo brillante
que había en el suelo,
á los ténues rayos
de aquel macilento
farol espirante
iba reluciendo.

Al fin, decidido,
recogi del suelo
aquel misterioso
reluciente objeto:
¡Oh suertel!... ¡Era un duro!
¡Jesús!... ¡Santo cielo!

Calmado mi asombro
lo miré de nuevo.
¡Dios mío!... ¡Era falso!
¡y ya amarillento!...

¡Mi gozo fué breve!
¡Mentira el encuentro!

FEDERICO CANDI

LA BALIJA

Pandora es una estatua á quien Vulcano dió vida; Venus le dió belleza, Palas sabiduría, y Mercurio elocuencia. Pero Júpiter, que es un dios que tiene muy mal génio, envió á Pandora á la tierra con una caja cerrada en la mano, y la buena de la estatua, que al fin era hembra, abrió por curiosidad la caja, y de ella se escaparon todos los males.

No quedó en el fondo más que la esperanza.

En nuestros días, á pesar de que ya no existen Júpiter, ni Venus, ni Palas, ni Vulcano, hay una especie de caja de Pandora que se diferencia de la otra en que no sólo contiene todos los males, sino también todos los bienes.

En ella se encierran todos los secretos, todos los juramentos, todas las riquezas, todas las decepciones.

La madre recibe en ella la noticia de que á su hijo ausente le han rotó el bautismo ó le han hecho capitán sobre el campo de batalla.

La novia encuentra la seguridad de que su amado sigue amándola, y de que no piensa más que en ella, y de que pronto volará á su lado para llamarla su esposa, ó para darla algún disgusto.

El poeta que tiembla de frío y de hambre en su boardilla, recibe con alegría la carta certificada que contiene su bienestar, bajo la forma de una letra de cambio.

Ya es un escrito anónimo que viene traidoramente á turbar la paz de una familia.

Ya un recuerdo que la amistad consagra á los tiempos pasados.

Otras veces una noticia apócrifa de un Estado vecino, que va á hacer subir ó bajar los fondos del bolsista que se fie de ella. Otras veces sale de ella un pliego con orla negra, que arranca al que lo lee lágrimas de tristeza, menos cuando no le arranca nada, que suele ser la mayor parte de las veces.

La Pandora del siglo XIX es inexorable. Distribuye con glacial indiferencia el placer y el dolor, y sin embargo, todo el mundo desea verla. Se sabe que su caja está llena de misterios y nadie quiere renunciar á su parte, aunque sea para sentir luego haberla recibido.

¡Pero la curiosidad humana es tan grande!

Y por otra parte, ¿no es la esperanza quien tiene siempre en vela el corazón del hombre?

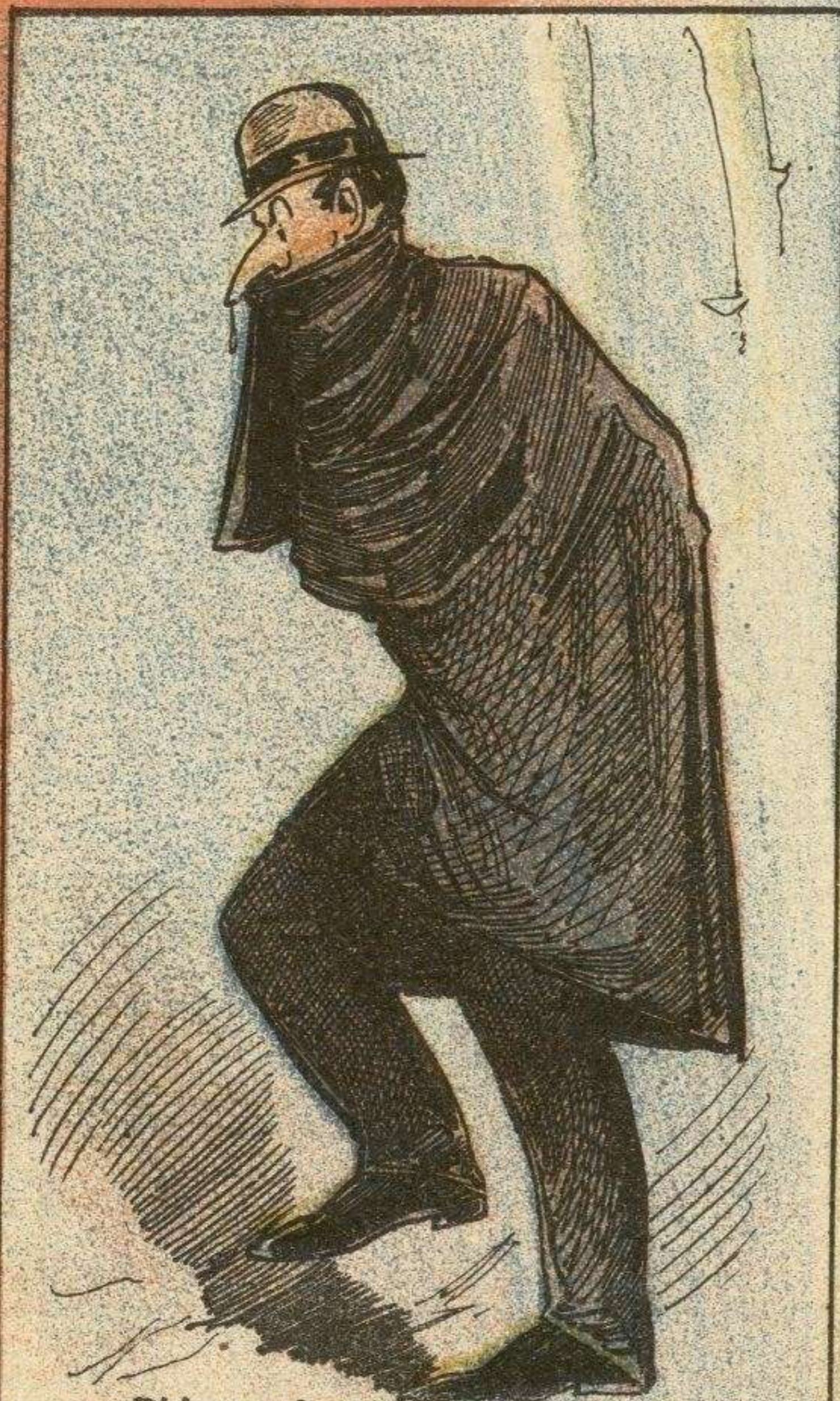
Sale de la casa un pliego perfumado y escrito en letra apenas inteligible.

¡Feliz el mortal destinado á recibirlo! Aquel pliego es la felicidad, y como no hay quien, pudiendo, no se dé un atracón de felicidad, la misiva será leída y releída cien veces.

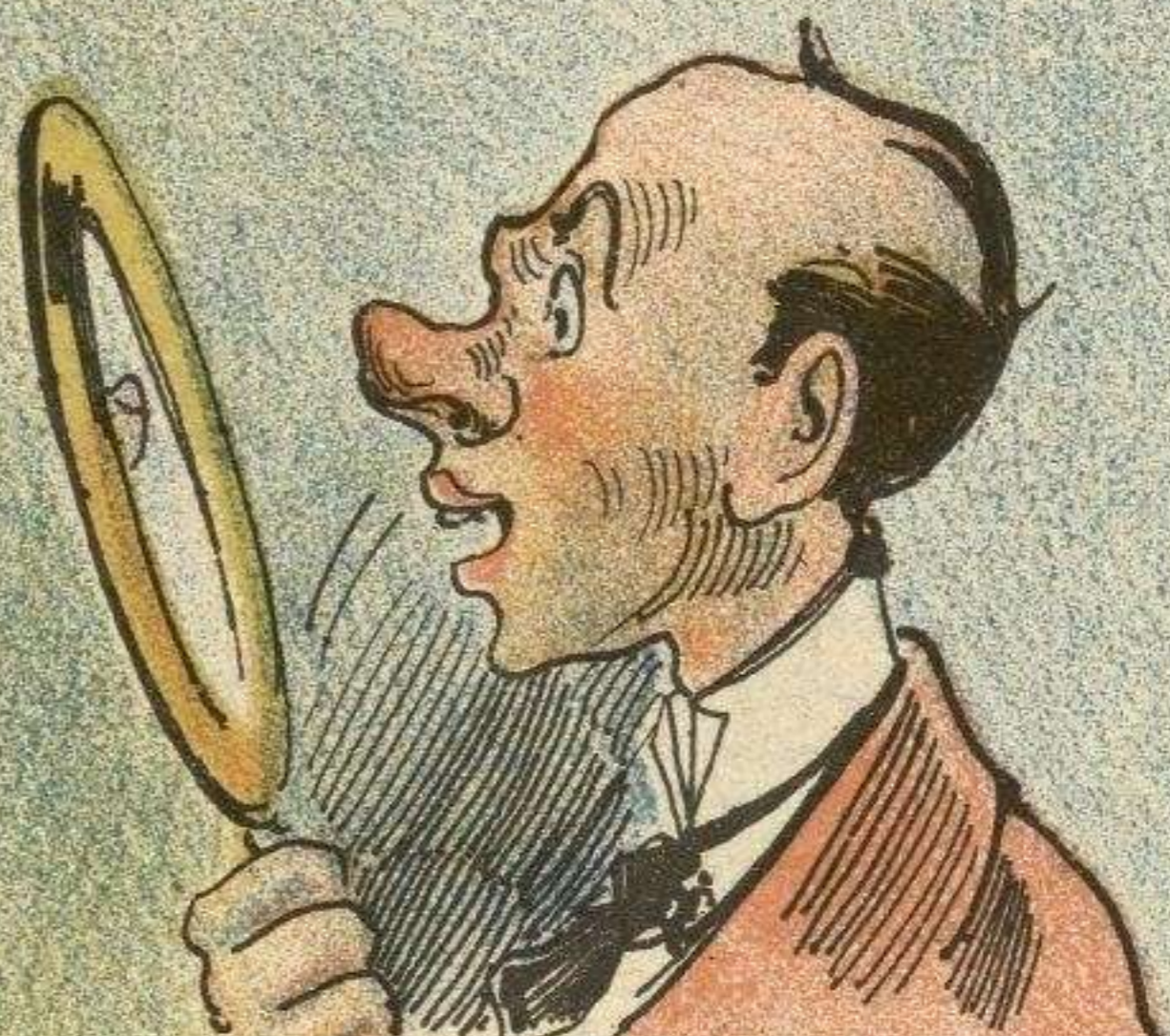
Ya no es perfumado el pliego, ni su lectura es ilegible. El papel está impreso y satinado. No hay corazón de mujer que no dé un salto al recibirlo. Toda su actividad se pone enseguida en movimiento. Trajes, cintas, lazos, adornos, piedras preciosas, comienzan á salir de sus escondites, y su dueña se ocupa en resolver el problema de combinarlos de modo que, puestos sobre su persona, llamen todo lo posible la atención en el próximo baile.

Un hombre que reciba un invitación semejante, no tiene que hacer más que preparar un traje enteramente negro que es como la gente *comme il faut* se viste para los bailes y para los entierros.

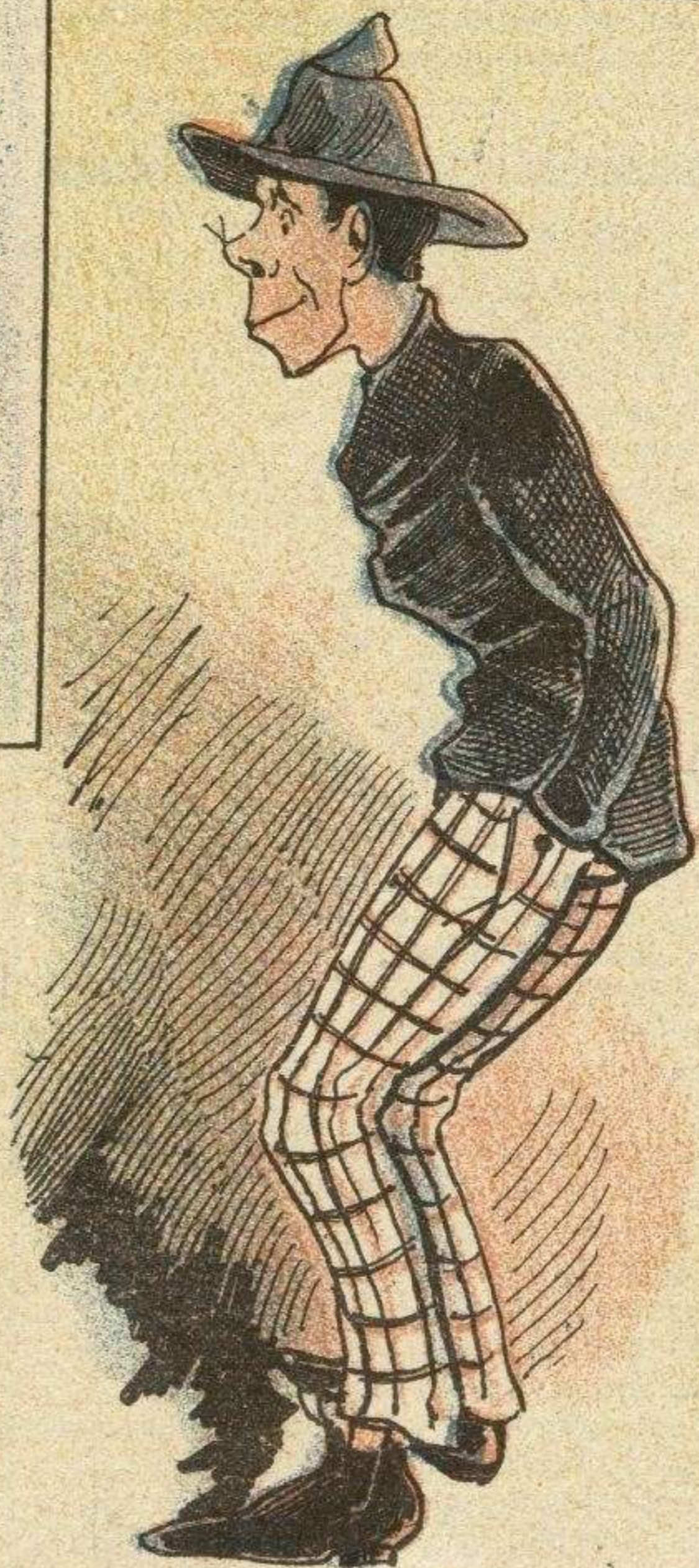
ENTRADAS



— Dicen que hemos entrado en invierno. Por lo que á mí toca, debo decir que no he entrado, sino que me han metido.



Juro á ré de Gedeón, que estas entradas de pelo desaparecen, seguro, cuando me ponga el sombrero.



— ¡He entrado en los noventa y todavía soy Pura... de nombre!

— Si yo entrase en el café ¡ay! entraría en ca or; pero como estoy tronado, he de entrar en reflexión.

SALIDAS



Del baile.

De por sí.

De granos.

—¿Qué contiene aquel otro envoltorio de mal aspecto que os toca en suerte en el reparto del contenido de la famosa caja? Todos los males parece que deben encerrarse en él.

El agraciado lo abre temblando, y se encuentra con que el poseedor de un pagaré vencido le conmina á que pague en el improrogable término de veinticuatro horas, ó de lo contrario, le amenaza con soltarle un escribano, que es casi lo mismo que soltarle un perro de presa.

Aquel pliego puede decirse que contiene el *Manc*, *Thecel*, *Phares* del desdichado que lo recibe, cuyas palabras para él pueden traducirse por estas otras: protesto, embargo, ruina.

¿Y aquella factura? Es la misiva de un sastre, zapatero, camisero ó cosa por el estilo, que recuerda á su parroquiano el pago de una cuenta que se ha olvidado de satisfacer, y le invita á que subsane este olvido involuntario, que en estos términos suelen estar concebidos, sobre poco más ó menos, semejantes documentos, como si su autor, no contento con pedir dinero, quisiera además burlarse de su víctima.

Si Pandora se hubiera guardado en su caja estas últimas calamidades, hubiera hecho un gran favor á los prójimos á quienes ha tenido la crueldad de repartirlas.

Felizmente nada deja de tener compensación en el mundo, y al mismo tiempo que el recuerdo del sastre ó la amenaza del usurero puede uno recibir la noticia de que le han dado el empleo que pretendía hace dos años, ó de que le han quitado el que hace diez años desempeñaba, *declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda*, lo cual siempre es un consuelo, sobre todo si después de clasificado no le corresponde haber ninguno.

También puede contener la noticia de que el papá de una bella adorada deja de oponerse á nuestro matrimonio, y esta sí que no podemos decir si es pena ó alegría, aunque de cien veces las noventa y nueve sea el presente lo segundo y en el porvenir lo primero.

Y por último, puede contener, y contiene en efecto, todo lo bueno y todo lo malo.

—¿No adivináis, lectores, cuál es la caja que nos ocupa? Casi estábamos por no decirlo; pero como somos complacientes hasta el extremo, y capaces por hacer un favor de levantarnos de la cama, os diremos que es *la balija del cartero*.

E.

Un rasgo

—Sabes quieres un panoli
y que no ties mas que lengua,
cuando no te dá opresión
de que esté como una negra
trabajando día y noche
pá sustentarte, só pelma,
que ni ties dinidad
ni cosa que lo parezca.

¿Quién te merca los pitillos,
y te lleva á la taberna,
y te merca los torraos
cuando vas á la verbena
pá que pueas alternar
con toa la prosipopeya?

—Eldegunda, tú ya sabes
que á mi me sobra vergüenza.

—Si ya lo sé; mas la tienes
mú mermá por la hipoteca.

—Eldegunda, no machares,

que me pongo hecho una fiera.

—Feria habrás querío icir

—Que te diño una galleta
pa que sepas destinguir.

—Macho gracia, ¡bueno fuera!
ya que te pago los vicios.

—Que te calles, que en la geta
te via meter cuatro lapos

pa que tengas mas decencia,
—¡Pus no eres poco valiente!

—Cállate y dame una pela.

—Pero dime ¿tienes cutis
pa mendigar? ¡So maleta!

¿Y no se te cae el rostro
de la cara?

—La pacencia
se me va ya treminando.

—Tómala

—Chócala, prenda,
que el primer reloj que afane
es..... ¡pá dirme á la taberna!

JOSÉ DOZ DE LA ROSA



Barcelona

En el teatro de NOVEDADES se ha estrenado un drama del Sr. Riera y Bertrán, titulado *Lo promès*. Está escrito con pulcritud, como todo lo que acostumbra á hacer este autor, y ha sido bien recibido por los literatos catalanes. El público... ya es muy diferente. Al público no le convence el Sr. Riera y Bertrán, á quien le pasa algo de lo del mar. Dios ha dicho á esa gran extensión de agua: De aquí no pasarás. Al autor de *Lo promès* también le ha dicho el arte escénico: De aquí no pasarás... y efectivamente, no pasa... de medianía.

En el mismo teatro se ha estrenado una comedia un acto titulada *La dona*, de D. J. Ayné Rabell. Hace reir con sus chistes, algunos de ellos subditos de color, y el público la aplaudió.

En ELDORADO se estrenó el delicioso *vaudeville*—que no llega á comedia—titulado *El Oso muerto*, de los señores Vital Aza y Ramos Carrión.

Dice el abate Pirracas en *El Heraldo de Madrid* que los autores cómicos como los arriba citados y Ricardo de la Vega, Luceño, Delgado y otros tendrán que dejar de escribir, porque el inteligentísimo público de ahora prefiere los desatinos de Perrín y Palacios, Lastra y Ruesga, Larra y demás verdugos del buen gusto.

Una prueba de ello es la relativa frialdad con que se ha recibido *El Oso muerto*, y los aplausos que merecen las piezas sin sentido común que se han representado en este teatro.

Hasta la crítica gacetilleresca de por acá se resiente de esto.

El Oso muerto está escrito con mucho gracejo, en lenguaje culto, y aunque el asunto está muy estimado, no se echa de ver, gracias al ingenio de los autores.

En el desempeño se distinguieron los señores Mejejo, Palmada y Cerbon.

DESDE MADRID

Estrenos

ESLAVA. Cuando se estrenó *La manzana del paraíso*, auguramos á la empresa de este teatro, un desenlace funesto que, siguiendo por este camino no tardará en llegar, pues la noche del siete se promovió un escándalo muyúsculo.

¿Cuál fué el motivo? Pues el estreno de una payasada cómico-lírica, del célebre maestro Offenbach, arreglada no sabemos por quién. Ya no se puede ir más allá; esta pieza —bufonada, según los carteles— es el *summun* de los desatinos y además está adornada de algunos chistes, más propios de bodegón que de teatro.

Los espectadores —que generalmente pasan de tolerantes— empezaron á patear desde las primeras escenas, ll gando hasta el extremo de interrumpir la música que —en honor á la verdad— es bastante mejor que algunas otras muy aplaudidas en el mismo teatro. Jamás habíamos presenciado un desastre mayor, pues mas bien que escena parecía otra Babel.

En la últimas escenas de *Rataplan* —título de la bufonada— se sostuvo una batalla entre el público —que paga su localidad, con un ciento por ciento de aumento— y la *claque*, que por esta vez salió derrotada. Aquel, protestaba de la obra pidiendo «que se retirasen los actores» y ésta, aplaudía con todas sus fuerzas.

¡Al fin cayó el telón! —y con él *Rataplan*— en medio del mayor silencio.

Los actores á la altura de la obra; solo la señorita Arana, se hizo aplaudir su bonita voz.

¡Hasta otra!

* * *

A la mayor brevedad, se estrenarán las obras siguientes:

ESPAÑOL. *La puente y el vado*, de D. Antonio Sanchez Perez. *Una herencia*, de Calvo y Revilla, y un drama original de D. José Echegaray, cuyo título aún no sabemos.

PRINCESA. *Thermidor*, de V. Sardou, traducida al castellano por un distinguido autor.

COMEDIA. *El Haba de San Ignacio*, de Enrique Gaspar.

A todas deseamos buena suerte.

TARTARIN.

MICELANEA

Hemos recibido un tomito de poesías titulado *Tristes y alegres*, que publica nuestro amigo el joven escritor Luis de Val. Salvo algunos defectos que con laudable franqueza expone el autor del prólogo D. Eduardo Blasco, las poesías del Sr. Val revelan estro y sentimiento, y no dudamos que le sirvan de primer paso para una carrera de porvenir.

En una reunión.

—Para suerte, la mia,—decía D. Ladislao.—Figúrense ustedes que el año pasado compré un magnífico bastón, voy á Caldas y me lo dejó olvidado. Pues bien, al volver este año...

—¿Encontró usted el bastón?—preguntan todos con curiosidad.

—No, señor; ya no estaba.

—Ya sé que Policarpo está trabajando por bajo de cuerda para soplarme el destino que tengo.

—Cá, no lo creas. Es hombre que no se quita el ronزال para nada.

Diálogo

Á LA IDA

—¿Qué buscas, fiél trovador?

—Amor.

—¿Con él qué piensas tener?

—Mujer.

—¿Y quién te sirve de guía?

—Alegria.

—Inútil es tu porfia
que la dicha no has de hallar
mientras vayas á buscar
Amor, Mujer y Alegria.

A LA VUELTA

—¿Vuelves, pues, quién te hizo daño?

—Engaño.

—Dime ¿qué hallas también?

—Desden.

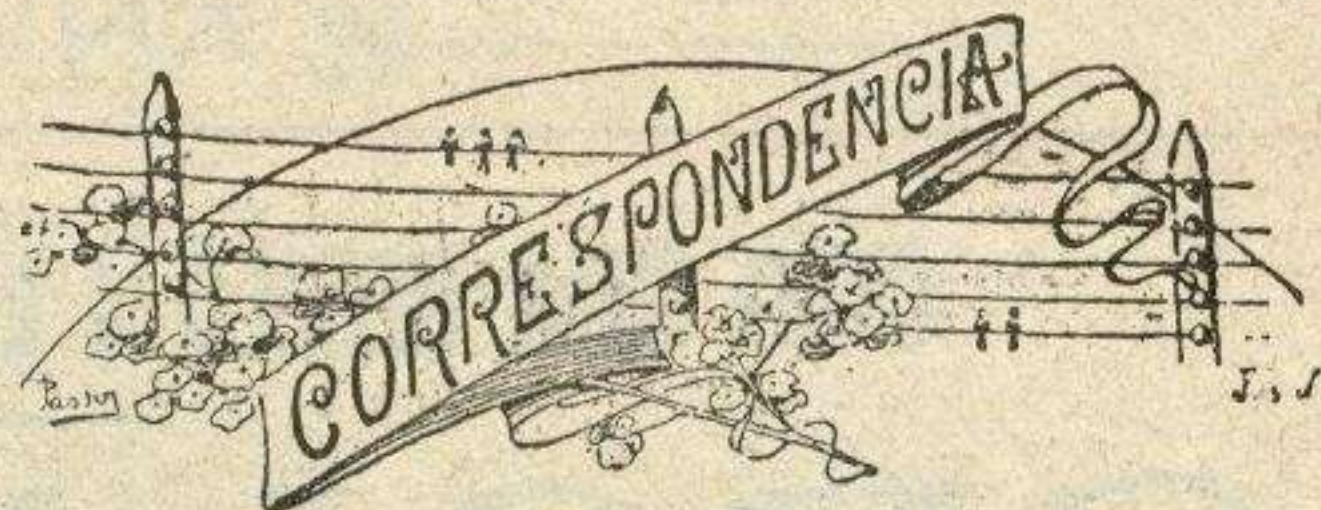
—¿Con él qué más has traído?

—Olvido.

—Ha un año á buscar he ido
Amor, Mujer y Alegria,
y traigo en el alma mía
Engaño, Desden y Olvido.

RAFAEL GALLO

Uno de Albarracín
se merendó dos fundas de violín,
y otro de Calasparra
se cenó una clavija de guitarra.
De modo que la cuenta sale fija:
dos fundas de violín y una clavija.



R. R. del R.—No me acaba de llenar el articulito. Haga V. algo más meditado.

Carmelo Herrero (Valencia).—Los versos amorosos no van bien para los semanarios festivos.

A. H.—Lo mismo digo.

Carambita.—Es incorrecto. Empieza V. con una redondilla y sigue con un romance.

El almeriense.—Todo lo de amor no cuaja. Si acaso irá un mal grave.

Tartarin.—Gracias por las revistas y por la indicación que nos hace. El articulito es poquita cosa.

Cucufate.—Irá saliendo. Tiene V. por acá mucho material.

Silos.—Arreglado un poco veré de que vaya.

L. M.—Creo que irá.

F. C.—Una vez resueltas mis dudas, irá.

E. L.—Debe V. saber que los endecasílabos constan de once sílabas. V me envía versos como este.

Colón, con tu ingenio profundo

Que no llega á la marca.

Y como este otro.

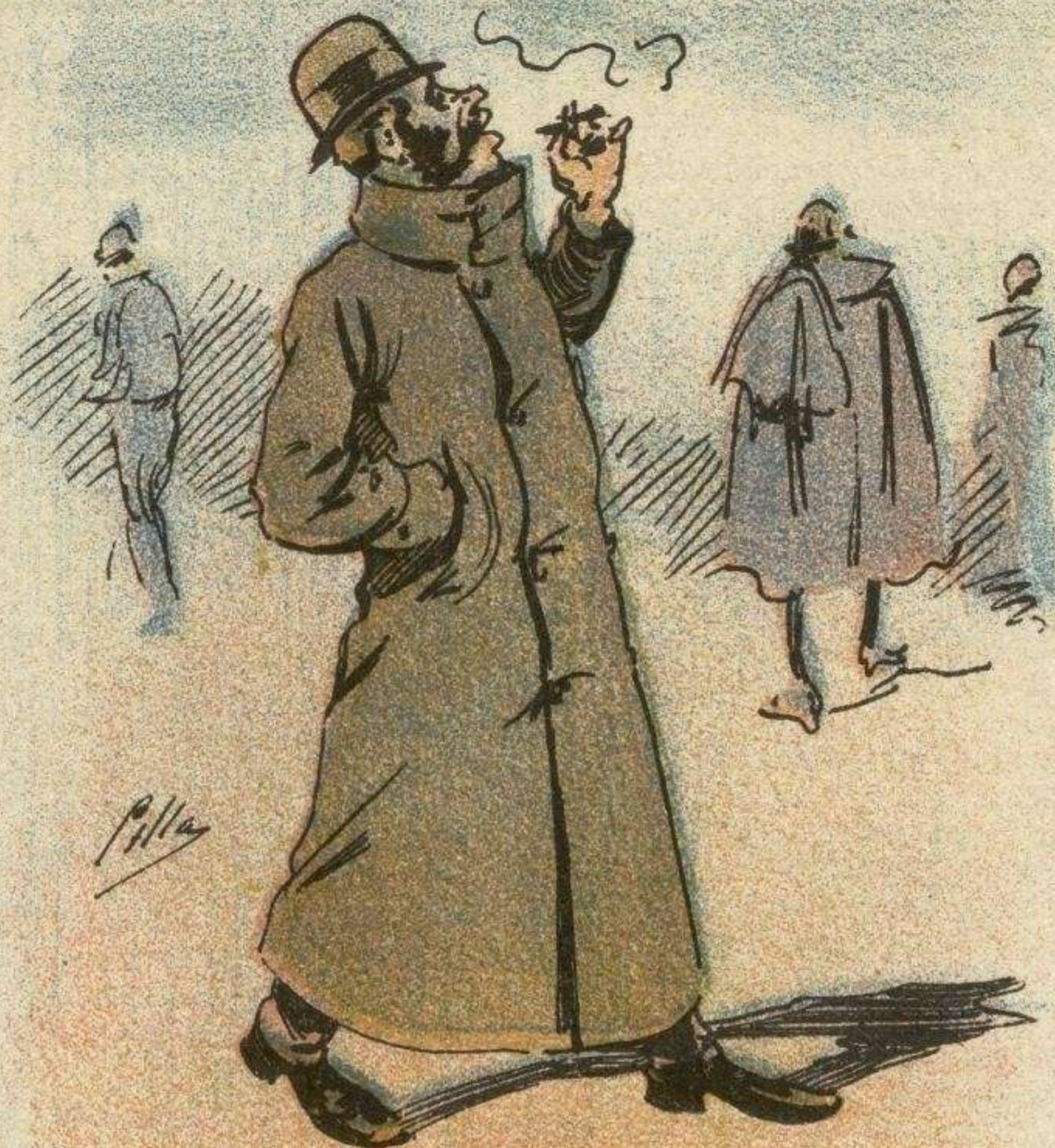
Sin más norte ni guía que tu propio celo

Que pasa de la marca

Y no quiere esto decir que los demás versos estén bien, pues en los dos sonetos apenas hay uno que tenga once sílabas.

Málaga.—Francisco Pastor Campey.—Remitido el número 40 que pide.

Cartagena.—José Vilagrau.—Recibido 8 ptas. en sellos por la suscripción del presente año. Por correo los números atrasados.



—¿Quién diría que acabo ahora mismo de desempeñar el gabán?

ANUNCIOS

OTRO GRAN REGALO Á LOS LECTORES DE LA SAETA

SPOLIARIUM

CUADRO DE DON JUAN LUNA Y NOVICIO

ADQUIRIDO POR LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE BARCELONA

El legítimo aplauso con que los públicos de Madrid y Barcelona han recibido el magnífico cuadro de este joven y ya famoso artista, nos ha inducido á publicar una exacta reproducción del mismo, grabado con el cuidadoso esmero que tan notable obra exigia.

El *Spoliarium* representa la retirada del Circo de los cuerpos de los gladiadores, vencidos en cruenta lucha para solaz de los señores del mundo; y este episodio altamente dramático lo ha reconstruido el Sr. Luna como si hubiese penetrado efectivamente en aquellos oscuros recintos donde se amontonaban inertes los que llenos de vida poco antes se despedían del emperador romano con la conocida frase: *Ave, Cæsar, morituri te salutant.*

Detallar las bellezas de este lienzo sería ocioso después del merecido encomio con que de él se han ocupado cuantas publicaciones ven la luz en España; así pues, nos limitamos á añadir que al ofrecer al público nuestra lámina, creemos brindarle con la adquisición de la copia de una oya de la escuela pictórica contemporánea.

El tamaño de la producción es de 5 por 55 centímetros.

Al que presente un número de LA SAETA en el kiosco n.º 5 de la Rambla del Centro, se le dará por dos reales esta magnífica obra de arte.—A los de provincias, 3 reales.

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA